

Espacio y tiempo en el siglo XXI: velocidad, instantaneidad y su repercusión en la comunicación humana

Space and time in the XXI century: speed, immediacy and its impact on human communication

Germán Llorca Abad

Universitat de València

Valencia, España.

german.llorca@uv.es

Lorena Cano Orón

Universitat de València

Valencia, España.

locao@alumni.uv.es

Resumen

El espacio y el tiempo son dos conceptos que permiten al ser humano poner orden y comprender aquello que le rodea. La digitalización que caracteriza al siglo XXI ha resignificado estos parámetros reduciendo su valor a un aquí y ahora, minimizando las distancias y los márgenes temporales. El presente artículo expone en primer lugar un estado de la cuestión sobre el estudio del espacio y del tiempo y la influencia de la tecnología en estos conceptos. Asimismo reflexiona sobre la celeridad que domina los ritmos diarios; cómo las nuevas tecnologías han fomentado una *dictadura de la instantaneidad* que se ha normalizado sin cuestionar sus consecuencias. El espacio y el tiempo también se confunden en la red. Lo público y lo privado convergen en ella. La información que los usuarios comparten en Internet puede ser usada con fines poco lícitos. Finalmente, el artículo aborda el problema de exclusión social asociado a la brecha digital y propone soluciones para una alfabetización digital que fomente el uso responsable de las herramientas de comunicación digital.

Palabras clave: espacio, tiempo, brecha digital, nuevas tecnologías, instantaneidad, alfabetización digital.

Abstract

The concepts of time and space enable humans to bring order and understanding of the world. The digitization of communication characterizes the XXI century and it has redefined both parameters reducing its value to here and now, and minimizing its importance. This article, firstly, describes a brief history of the study of space and time and the influence of technology on both. Secondly, considers how speed dominates our daily rhythms; how new technologies have fostered a dictatorship of the immediacy that has been normalized without questioning its consequences. Space and time are also mixed in the Internet. Public and private merge in it. The Internet users share information that could be used by others with bad purposes. Thus, finally, the article addresses the problem of social exclusion associated with the digital divide and proposes solutions for digital literacy that promotes the responsible use of digital communication tools.

Keywords: space, time, digital divide, new technologies, immediacy, digital literacy.

Recibido: 8 de septiembre de 2015

Aceptado: 22 de noviembre de 2015

1. Introducción

En un momento indeterminado de la evolución humana, nuestros ancestros se dieron cuenta de que había cosas que se podían conocer. El pensamiento abstracto permitió a los primeros homínidos exceder los límites de su propio cuerpo para explorar aquello que los rodeaba. Los objetos, el mar y el cielo, los animales y la naturaleza, pero también las relaciones con ellos y entre ellos, se inscribían en una suerte de contenedores de la experiencia. Con el transcurso de los siglos, el ser humano aprendió a llamarlos tiempo y espacio.

No es de extrañar que pronto la capacidad de observación de la especie humana deviniera fundamental en el proceso de construcción del conocimiento. Y nombrar se convirtió en el modo en el que dicho conocimiento quedaba fijado. La realidad, o al menos la apariencia de realidad, comenzó a dejar de ser caótica. El espacio y el tiempo, convertidos ahora en conceptos, eran el referente de la consciencia en el que todo se ordenaba. Y esta relación fue cada vez más estable.

De pronto, todo devino esencialmente observación, nombramiento y, en definitiva, comunicación. Si bien la ciencia antropológica aún no ha resuelto el misterio de la aparición de la cognición e inteligencia humanas, sí se ha podido constatar la importancia del lenguaje en ambos procesos. Las palabras, aparecidas en el contexto de este extraordinario capítulo de la humanidad, servían de enlace con el mundo y con los otros. Las palabras, en su doble condición de corsé y potencia del discernimiento, fueron el filtro con el que designar algunas seguridades.

En otro momento indeterminado de la evolución, todo el conocimiento acumulado tuvo como consecuencia la aparición de la tecnología. Una punta de flecha mejorada, un arco capaz de lanzar flechas más lejos y la rueda. En un intervalo de pocos siglos, el ser humano fue capaz de desplazarse más rápido y más lejos, algo que tuvo una gran influencia sobre la conceptualización del espacio y del tiempo. Sencillamente, ya no podían significar lo mismo. Y en todo este proceso las diferentes aplicaciones tecnológicas transformaron para siempre la relación con la realidad.

Llegados a los siglos XX y XXI, Internet y las tecnologías de la comunicación han cambiado por completo las nociones de espacio y de tiempo en una suerte de transformación definitiva y final de la evolución descrita. Si algo caracteriza al espacio y tiempo virtual, es la velocidad. La instantaneidad de las comunicaciones y la consecuente aceleración de las rutinas en la red han transformado las nociones convencionales de espacio y tiempo. El usuario de las tecnologías de la comunicación es absorbido y asimilado a una esfera virtual sin profundidad. Para poder enfrentar esta situación, urge una alfabetización digital en masa que permita a los usuarios de las TIC discernir lo importante de lo accesorio en la red.

Este apresurado e impreciso relato histórico contiene algunas de las claves sobre las que pretende reflexionar el presente artículo. Aportando los detalles necesarios y abundando en la línea argumental propuesta, llegaríamos a la conclusión de que la tecnología ha dejado atrás su condición de mediadora entre la realidad y el ser humano. Ha dejado atrás esta condición, puesto que ha excedido los límites tradicionales de sus funciones, ocupándolo todo. La inercia de la progresiva implantación de una realidad tecnológica ha colonizado las nociones de espacio y tiempo y se ha convertido en la única realidad visible, llegando a ocupar el todo de la experiencia humana.

2. Metodología

El objetivo principal de este artículo es exponer y discutir la resignificación de los conceptos espacio y tiempo como condicionantes de la experiencia en el siglo XXI. Por ello, más allá de una explicación de la evolución de estos parámetros, se señalan las principales repercusiones del uso de las nuevas tecnologías de la comunicación en estos elementos y los efectos de éstas en la sociedad. Las cuestiones que se derivan de este proceso son múltiples, así como el número de preguntas que se suscitan.

Nuestra intención es llevar a cabo un repaso de las distintas claves que definen el proceso hasta nuestros días haciendo una revisión crítica de las aportaciones que diferentes autores han hecho a lo largo de los decenios precedentes. Esta revisión bibliográfica supone el principal método investigación utilizado en la elaboración del texto. De nuevo, urge una revisión de los parámetros por los cuales nos relacionamos con el tiempo y el espacio. Y urge decidir si por primera vez en la Historia, la ruptura introducida por las tecnologías digitales de la comunicación nos aleja definitivamente de la posibilidad de construir conocimiento. Para ello, se emplean a lo largo del texto numerosos ejemplos que ilustran la argumentación principal.

3. Estado de la cuestión

3.1 Algunos antecedentes sobre el tiempo y el espacio

Las nociones de espacio y tiempo, que en la antigüedad se habrían mantenido separadas, vendrían a ser una suerte de contenedores de la actividad humana (Mínguez, 1983, p. 34) y su definición particular y respecto del sujeto la primera tesis formulada del conocimiento humano. “Para nuestra fortuna, vivimos en un universo en el que son susceptibles de conocimiento, al menos, algunos de sus más importantes aspectos” (Sagan, 1984, p. 16) y en esto se aplicaron las capacidades humanas. En palabras de Morones Ibarra (2004, p. 56 y ss.), “la cognoscibilidad o inteligibilidad del mundo significa que el hombre es capaz de explicar los fenómenos que observa a su alrededor, de reconocer un

orden y una regularidad en los fenómenos de la naturaleza y que podemos alterar e intervenir en la evolución y desarrollo de los mismos”.

En la práctica coloquial y corriente del lenguaje nos sentimos plenamente satisfechos con el uso que hacemos de nociones espaciales tales como distancia, contención espacial y continuidad y discontinuidad en el espacio, cuando tratamos con las mismas estructuras que rigen el mundo material que nos rodea. Pero es posible que emerjan ciertas dificultades cuando intentamos reflexionar sobre lo que el espacio es *en y por sí mismo*. “Quizá lo primero que nos venga a la mente es que el espacio es una suerte de continente de la materia del mundo. Pensamos las cosas como existentes en el espacio, de hecho, en un único espacio total que contiene todas las cosas materiales del mundo” (Sklar, 1994, pp. 33-34).

Como consecuencia de estos hechos, a lo largo de los milenios se ha producido una confrontación entre el sujeto y aquello que parece existir fuera de él. Es decir, entre un elemento productor de significado y la caótica realidad exterior que lo envuelve. En los orígenes de la relación, el ser humano se sentía estrechamente hermanado con la naturaleza, inmerso en ella, tratando de encontrar distinciones (Mínguez, 1983, p. 159) en el objeto significativo. *Ser* significaba *estar presente* en un aquí y ahora que venía precedido por el pasado de la memoria y el futuro de un tiempo por venir, por realizar.

La ecología¹ o planeta, el cuerpo social y el cuerpo humano han estado necesariamente vinculados durante la mayor parte de la historia de la humanidad. Y siempre, el carácter progresivo de las experiencias y la naturaleza inestable de las definiciones condujo al ser humano hacia la misma pregunta: “¿hasta qué punto podemos conocer en realidad el universo que nos rodea?” (Sagan, 1984, p. 14). En un principio, inmersos en esta aventura, la indagación en la naturaleza de las cosas consistió en una amalgama de reflexiones muchas veces inconexa. Se mezclaban “consideraciones generales del tipo más amplio sobre la naturaleza del ser y la naturaleza de nuestro acceso cognitivo al mismo” (Sklar, 1994, p. 13).

Los primeros filósofos materialistas de la antigua Grecia desarrollaron una de las grandes ideas de la especie humana: la noción de que el universo se puede conocer. En otras palabras, el conocimiento no solo era responsabilidad de los humanos, sino que podía sistematizarse. En la búsqueda de distinciones, Heráclito de Éfeso tuvo la aguda percepción de la variabilidad y fugacidad de todo lo existente, de su diversidad y constante cambio. Con Heráclito, la razón se impone en una actitud que se combinaba con “el ensueño y la admiración” (Mínguez, 1983, p. 159). Puede afirmarse que los grandes filósofos de la antigua Grecia se enfrentaron al problema de entender el auténtico significado de tener conocimiento del mundo.

Zenón de Elea, Heráclito de Éfeso, o Parménides son considerados hoy los primeros filósofos cosmólogos. En su búsqueda de un principio material de todas las cosas, representaron un primer grado de abstracción metafísica y abrieron la puerta del intelecto a la formulación de sistemas metafísicos y cosmológicos (Mínguez, 1983, p. 23). Y estas formulaciones insistían en presentar el espacio y el tiempo como sustancia, es decir, como algo existente por sí mismo. Aristóteles sostuvo que no podía haber vacíos en el mundo terrestre. Esta idea condicionó la visión cosmológica de toda la Edad Media y de parte del Renacimiento.

Las creencias del mundo clásico cambiaron cuando las distinciones fueron sujetas al análisis científico, dejando de ser un problema exclusivo de la filosofía. Tal y como afirma Thom (1990, p. 234): “En lo que va de Aristóteles a Galileo, hemos visto la importancia que adquirió la prolongación analítica como criterio de individuación de los

procesos". La verificabilidad pasó a ser un criterio de distinción entendido como superior. Una cadena de razonamientos lógicos permitía alcanzar conclusiones cuya verdad quedaba garantizada.

Los conocimientos científicos y la experiencia continuaron aún transformando los conceptos de espacio y de tiempo. Y a medida que el saber se hizo más complejo, aparecieron otros problemas, ya que la ciencia rara vez ofrece una descripción completa o definitiva de la realidad. La física de Newton y sus contemporáneos supuso una revolución respecto al conocimiento del espacio y del tiempo. Después llegaron Einstein y una nueva generación de científicos que terminaron por hacer añicos todas las ideas habidas sobre la cuestión. Y la búsqueda continúa.

Sin embargo, el conocimiento acumulado sobre el tiempo y el espacio solo es una de las constantes de la ecuación. Desde el punto de vista experiencial, la mayoría de seres humanos continuó (y continua) viviendo en un universo fenomenológico, esencialmente ajenos a las disputas entre ciencia y filosofía. Hasta no hace muchos años, el conocimiento que adquiríamos era aún mayoritariamente a partir de la relación en y con los contenedores de la vida, a los que seguimos llamando tiempo y espacio. Unas coordenadas extensas y con profundidad (Virilio, 1995, 1998 y 2004).

3.2. Algunos antecedentes sobre la tecnología

La evolución del conocimiento, en un sentido muy generoso, discurre en paralelo al progreso de las aplicaciones tecnológicas. La ropa que utilizamos, los alimentos que comemos y, por supuesto, los dispositivos que empleamos para comunicarnos. Puede y debe afirmarse que nuestra relación con el mundo y en el mundo está completamente mediatizada por la tecnología. Ésta, desde un punto de vista histórico, cambió nuestra percepción sobre lo que creíamos que era real. También cambió el modo de comprender y conceptualizar las ideas de espacio-tiempo.

Para Ricoeur (1979, p. 33 y ss.) es evidente que nuestra cultura ha hecho de la ciencia y de la tecnología la modalidad dominante en nuestra relación con la realidad. Progresivamente se han convertido en el filtro a través del cual tamizamos toda experiencia sensorial. También se han convertido en una suerte de error esencial, puesto que "considerar la tecnología como algo con un fin determinado es cometer la equivocación de suponer que la utilidad es valiosa en sí misma" (Graham, 2001, p. 59). Sin duda, esto es una de las herencias del positivismo moderno.

Esta situación derivaría en el colapso de la naturaleza y una colonización del inconsciente (Jameson, 1995, p. 79 y ss.). Jameson describe este proceso en tanto que el surgimiento de un nuevo tipo de insipidez o de falta de profundidad en nuestra relación con la realidad. Un nuevo tipo de superficialidad en el sentido más psíquico, pero también físico y literal (1995, p. 29). La mediación de la tecnología con el orden físico habría producido una ruptura de la cadena significativa, a la que habrían contribuido inicialmente, aunque de manera decisiva, los medios de comunicación de masas.

Los medios, especialmente la televisión, habrían contribuido a la fragmentación de la percepción de la realidad y a la construcción de una sociedad erigida sobre discontinuidades. Y aquí cabe recordar que, precisamente, es la continuidad de la experiencia la que otorgaba profundidad y sentido a las nociones de tiempo y de espacio. De hecho, La irrupción de la comunicación de masas provocó una crisis de los lenguajes y exigió su renovación. De repente, la revolución de las comunicaciones tornó el mundo en una amalgama heterogénea de impulsos completamente ilegible. La dislocación espacial

estaría fundamentada en una ruptura entre el cuerpo y el espacio exterior. “Nuestros cuerpos posmodernos han sido despojados de sus coordenadas espaciales y se han vuelto en la práctica [...] impotentes para todo distanciamiento” (Jameson, 1995, p. 108).

Pero esto solo ha sido una de las fases del proceso. El final del siglo XX y el inicio de del siglo XXI han sido testigos de un cambio radical en el uso de las tecnologías de la comunicación. Tal y como insinuábamos líneas atrás, la ruptura introducida por la digitalización de las comunicaciones nos obliga a replantearnos todos los análisis críticos. Los medios de comunicación de masas fragmentaron la percepción de la realidad. Sin embargo, “lo que veíamos dependía del lugar en el que estábamos cuando lo veíamos. Lo que veíamos era algo relativo que dependía de nuestra posición en el tiempo y en el espacio” (Berger, 2002, p. 25).

Esto quiere decir que el nivel de mediación de la tecnología en relación con la realidad que acontecía en el tiempo y espacio físicos no era completo. La digitalización de la comunicación ha supuesto la virtualización completa de la realidad, es decir, la conversión del espacio-tiempo de la experiencia en una sucesión de *unos y ceros* sin profundidad. Los nuevos usos comunicativos condicionan gravemente la percepción de la realidad y, por extensión, toda posibilidad de aprehensión. Esta perversión consiste, fundamentalmente, en que las tecnologías median entre la percepción humana y la realidad que envuelve al hombre. De este modo, las tecnologías de intermediación se convierten en una suerte de filtro definitivo, puesto que substituyen completamente la realidad. Ni siquiera es ya relevante nuestra posición relativa en el espacio-tiempo.

Las consecuencias que pueden inferirse de este fenómeno son múltiples. La desaparición de los referentes en una falsa realidad bidimensional parece conducir irremisiblemente a la pérdida de la posibilidad de reconocer lo que es importante y lo que es accesorio o está fuera de lugar. Es decir, parece conducir a la imposibilidad de discernimiento (establecimiento de distinciones) de una actitud reflexiva. La justificación y el énfasis en que el proceso no se detenga y sea cada vez más veloz encuentra su explicación en lo que apuntaba Ricoeur (1979) acerca de la fe tecnológica. Y poco a poco dejamos de poder conocer aquello que acontece en el espacio y el tiempo no mediados (substituidos) por las tecnologías de la comunicación. Dejamos de conocerlo porque dejamos de percibirlo.

Desde el punto de vista de la experiencia, el espacio y el tiempo se convierten en dimensiones sin cuerpo. Nuestra conciencia, y todas sus capacidades perceptivas y enunciativas, se funde con una suerte de nada virtual. De repente, la relación de milenios mantenida con el espacio y el tiempo físicos queda totalmente interrumpida. El tiempo es aquí y ahora, pero ya no existen ni el pasado ni el futuro por llegar. Cabe preguntarse entonces por las consecuencias que esto tendrá sobre los procesos de cognición, narración y memoria; puesto que contienen, implícitamente, la imposibilidad de conocer, narrar y/o recordar.

Por un lado, la colonización de los lugares de la memoria y del morar tiende a cancelar toda autonomía social y toda idea colectiva del uso del espacio y del tiempo (Barcellona, 1999, p. 26). En este contexto, las personas pierden sus nombres y apellidos, puesto que pierden las referencias de identificación. Con ello, lo que se estaría perdiendo para siempre es todo orden político, ético y social. La tecnología informática y telemática “posibilitan la uniformidad del lenguaje y las nuevas diferencias domesticadas” (Barcellona, 1999, p. 34).

Por otro lado, la ruptura de la linealidad de las narraciones introducida por la digitalización anticipa cambios en los procesos cognitivos. Forzosamente debemos conceptualizar de nuevo las nociones de tiempo y de espacio. Al observar las

transformaciones en el ámbito cognitivo, deberíamos retornar a lo epistemológico y la discusión de lo fenomenológico. Deberíamos intentar, al menos en el terreno de lo teórico, mantener la hipótesis de que las cosas pueden ser y no ser al mismo tiempo (Català Domènech, 2012, p. 11 y ss.).

3.3. Aceleración y alfabetización digital

A medida que las aplicaciones tecnológicas permitieron al ser humano desplazarse más rápido y más lejos, éste comenzó a cambiar sus ideas sobre el tiempo, el espacio y la realidad. A medida que las aplicaciones tecnológicas de la telecomunicación permiten al ser humano vivir permanentemente conectado, la realidad material, simplemente, va desapareciendo de la perspectiva humana. La gran transformación en el siglo XXI en relación con las tecnologías de la comunicación ha sido la de la virtualización de la experiencia. Vivir en lo virtual significa, en cierto modo, vivir en lo irreal.

El filósofo de la velocidad, Paul Virilio, ha descrito la evolución de este proceso a lo largo de más de 35 años de producción teórica. La irrupción del *motor*, en tanto que aparato animador de imágenes y máquina productora de aceleración en los desplazamientos, supuso que la experiencia vital sufriera una modificación radical; ya que la velocidad trata a la visión como materia prima: “Lo que se ofrece a la vista obedece a la mediación de fenómenos de aceleración y desaceleración en todo identificables con las intensidades de la iluminación” (Virilio, 1998, p. 18). En virtud de esta aceleración y recreación de un espacio-tiempo inexistente, la sensación de la vida irá adquiriendo un sentido de ausencia (1998, p. 20).

La ilusión óptica recreada por las tecnologías digitales de la comunicación se convierte en una suerte de nueva, aunque falsa, verdad. Creer poderlo ver todo engendra un nuevo tipo de patología, “el hombre enfermo de movimiento” (Virilio, 1998, p. 26 y ss.). La supresión de las dimensiones del tiempo y del espacio por las altas velocidades devastaría toda posibilidad de construcción de sentido. Y la realidad estaría siendo destruida por una especie de *tecnofilia* que, a su vez, parece impregnarlo todo y a todos.

Esta visión apocalíptica de la cotidianidad, instaurada en su versión más actual por *tablets*, *smartphones* y ordenadores, no dista mucho de otras lecturas distópicas acerca del impacto negativo de las TIC². Sin embargo, nos interesa mucho la visión viriliana por su carácter anticipatorio. Si la invención del ferrocarril supuso la invención indirecta del descarrilamiento, ¿qué tipo de accidente específico es el de las tecnologías de la comunicación?

“Con la revolución de las transmisiones electromagnéticas de la imagen, el sonido y los datos, se puede decir que el accidente de la circulación está finalmente en el futuro. [...] Vamos a asistir a la emergencia del *accidente de los accidentes*, dicho de otro modo, a la circulación del accidente generalizado” (Virilio, 1995, p. 90). En la medida en que un accidente de tren o de barco tiene su lugar en un espacio-tiempo locales, el accidente en un espacio-tiempo dromosférico³ tendría consecuencias devastadoras, a causa de su dimensión planetaria (Virilio, 1995, p. 55 y ss.).

En este accidente viriliano en potencia confluyen en connivencia lo militar, lo político y lo propagandístico que atenta contra la posibilidad de un orden democrático de las sociedades. El desarrollo sin precedentes de la industria de la simulación aleja a las personas de la posibilidad de la experiencia no mediada. En lo virtual se presume una *democracia de la emoción*. Una sincronización de las emociones (Virilio, 2004, p. 41), con la apelación constante a lo irracional y lo irreflexivo. Una humanidad alejada del contacto

con la realidad implica la conquista progresiva de nuestras imágenes mentales; lo que supone su conversión en imágenes instrumentales al servicio del poder (Virilio, 2004, p. 59).

4. Hallazgos y discusión

4.1. La dictadura de la instantaneidad

La digitalización ha significado para la sociedad la aceleración de sus ritmos vitales. La impaciencia se ha convertido en un mal crónico de la sociedad red y en cierto modo nos hemos vuelto intolerantes a la espera. Nos hemos acostumbrado a la inmediatez de las relaciones comunicativas y a la fugacidad con la que se procesan las órdenes en la red. El sentido de la prisa nos acompaña a todas partes, tenemos la necesidad de saciar la necesidad de información o de obtener la respuesta a cualquier acción al instante.

Los elementos que han propiciado la asimilación de velocidad son propios de las tecnologías de la comunicación. Hay que tener en cuenta, por ejemplo, el bombardeo constante de notificaciones que recibimos en nuestros teléfonos móviles, que se han convertido en una pieza imprescindible de nuestro cuerpo. Si la notificación es propia del aparato, que exige actualizarse, podemos permitirnos no culminar la acción y posponerla para más adelante. Pero si éstas provienen de aplicaciones de comunicación instantánea, ya sea un *email*, un mensaje o comentario de *Facebook*, o un *Whatsapp*, la forma de actuación cambia básicamente porque hay un receptor a la espera.

El hecho de que el emisor pueda ser inmediato, que pueda enviar instantáneamente sus mensajes le crea la falsa expectativa de que su receptor puede o debe hacer lo mismo para responder a su mensaje. Este tipo de plataformas virtuales de comunicación han incorporado comprobantes de recepción y de lectura por parte del receptor e incluso muestran la hora de conexión del usuario para poder controlar si ha sido consciente o no de la notificación. Este elemento, que puede parecer inocente e incluso práctico, obliga al receptor a apremiar su respuesta para satisfacer al emisor.

El tiempo que tardan en abrirse tanto un software como una página web ya no se mide en minutos. Un minuto se ha convertido en una eternidad digital. Las páginas web son diseñadas pensando en la usabilidad, es decir, en ahorrarle tiempo al usuario para encontrar lo que quiere. Quizá la única vía de interacción online en la que se acepta un mayor margen de espera sería el correo electrónico, no sólo por la formalidad de su formato, sino por ser el medio sustituto de la carta escrita, con todas las connotaciones que ello implica.

Un reciente estudio⁴ ha demostrado que más del 90% de las contestaciones a los correos electrónicos que recibimos se producen dentro de las siguientes 24 horas de recibir el mensaje y, sorprendentemente, el tiempo de respuesta más común es antes de los dos minutos posteriores a haberlo recibido. Asimismo, la mitad de las contestaciones se realizan dentro de los 47 minutos siguientes de haberlo recibido. La extensión de las contestaciones enviadas por esta vía también es de destacar, puesto que la más común cuenta con apenas 5 palabras y la mitad suelen ser inferior a 43. Tan solo un 30% de los correos contienen más de 100 palabras (Kooti, *et al.*, 2015). Estos datos ponen sobre la mesa distintas cuestiones: por un lado, la jibarización de la comunicación (Serrano, 2013); por otro la velocidad y la permanente conexión de los usuarios; y, finalmente, la necesidad de contestar a los mensajes con apremio.

Kelly (2012) explica que la percepción de inmediatez en las comunicaciones online reduce psicológicamente la distancia entre las personas que están conversando. Por este motivo, la réplica instantánea también propicia un sentimiento de comodidad e induce pensar que la persona con la que estamos hablando en *tiempo real* es más sociable que aquella que tarda más en responder. De hecho, como destaca Sibilia (2006), es curioso como el adjetivo *real* se vincula a *tiempo* en Internet para expresar el *aquí y ahora* del plano analógico. Las comunicaciones digitales “anulan las distancias geográficas sin necesidad de desplazar el cuerpo e inauguran fenómenos típicamente contemporáneos como la ‘telepresencia’ o la ‘presencia virtual’” (Sibilia, 2006, p.63).

Es como si de algún modo estuviéramos entrenados para ser impacientes, para responder a todos los inputs. De hecho, si por azares del destino en nuestro dispositivo no hay ninguna notificación pendiente, más de uno comprobará su conexión a Internet para asegurarse de que todo es correcto y que no está desconectado de ese torrente de información. La inmediatez ha afectado a nuestro comportamiento, a nuestra forma de pensar. Como explica Carr (2011), Internet ha modificado no sólo nuestra forma de procesar la información, sino nuestra capacidad de almacenarla. Confiamos nuestra memoria a la posibilidad de acceso permanente a la red. Y aquí se plantea una hipótesis muy sugerente: si dispusiéramos de *sólo un día más* en Internet; ¿seríamos capaces de almacenar la información pertinente para el futuro? ¿Dónde y cómo la almacenaríamos para su conservación? ¿Se podría recuperar?

Los formatos de almacenamiento evolucionan a una velocidad vertiginosa. Si no actualizamos constantemente los formatos de conservación y reproducción, corremos el riesgo de perder para siempre la información almacenada, puesto que una vez guardada no podríamos acceder de nuevo a ella. Con el sistema de almacenamiento de la nube, todo es intangible, hemos llegado a la desmaterialización de los soportes. Esto implica una dependencia mayor de la tecnología, ya que “necesitaremos un aparato de lectura y recogida de señal, energía eléctrica y conexión a Internet.” (Serrano, 2013, p. 58). Hemos entrado en una dinámica de avances tecnológicos constantes que implican un aprendizaje y un reciclaje incesante por parte de la sociedad, estamos ante una *tiranía del upgrade* (Sibilia, 2006).

El hecho de que, por ejemplo, podamos tener varios programas abiertos a la vez en el escritorio de nuestro ordenador y que todo siga funcionando a la misma velocidad, con toda normalidad, ha propiciado un sentimiento de sobrecapacidad que nos hace creer que podemos trabajar en múltiples tareas (*multitasking*) a la vez. De hecho, esta sociedad del rendimiento (Han, 2012), guiada por los niveles de productividad, está intentando trabajar como las máquinas. En última instancia lo que se consigue es una fragmentación de la atención en pro de una productividad que a la larga es cuestionable.

Han (2014) ha identificado la depresión y la ansiedad como las enfermedades derivadas de las inercias productivistas que adoptamos. La frustración, la insatisfacción, o el estrés, derivan de la autoexigencia de ser productivos. La necesidad de ser veloces, de rendir mucho y bien, nos hace tomar decisiones aceleradas para avanzar. Estas inercias nos inducen a no pensar mucho; en el sentido de un exceso de entretenimiento. La sociedad actual limita las posibilidades de llevar una vida contemplativa y de pensamiento lento, por no ser productivos y rentables en términos económicos.

Los usuarios de la comunicación están sometidos a una sobreestimulación sensorial que los conduce a un estado de falta de atención. No se concede importancia a las cosas, más allá de poderlas resolver rápidamente. “El nuevo modelo de pensamiento breve e inmediato es incompatible con el conocimiento adecuado del contexto en el que se desarrollan los acontecimientos y de los antecedentes imprescindibles para comprender

lo sucedido” (Serrano, 2013, p. 69). Y esto puede acabar conduciéndonos a la desmemoria. La rapidez con la que consumimos información en todo proceso comunicativo mediado tecnológicamente es similar con la que los olvidamos todo, precisamente por el bombardeo de inputs, que nos neutraliza (Serrano, 2013).

4.2. *El espacio privado digital*

Los límites físicos que imponen el espacio y el tiempo parecen difuminarse con la tecnología. Por un lado, las distancias físicas se reducen por los avances tecnológicos y la masificación de su uso. Ya sea a través de vuelos *lowcost*, o por el simple hecho de poder hacer una videoconferencia, el espacio y el tiempo que nos separa se nos antojan increíblemente pequeños. La aldea global de McLuhan ha quedado reducida a una cafetería; el espacio se ha vuelto plano. La hiperconexión a la que estamos sometidos nos hace sentirnos juntos a pesar de estar solos (Turkle, 2011).

Las nuevas tecnologías han colonizado nuestra vida, “no sólo han invadido el espacio del hogar [privado] y el espacio urbano [público], arrancándoles todo su antiguo sentido, sino que las tecnologías se aprestan a conquistar también el cuerpo humano” (Llorca-Abad, 2010, p. 250). La irrupción de la tecnología como prótesis para desenvolverse en el mundo -desde el coche para desplazarse hasta la ruta que traza Google Maps en nuestro *smartphone*- supone comprender la realidad a través de ella. De este modo, la visión global que tenemos está altamente mediatizada y fuertemente mediada (distorsionada) por la tecnología.

Si nos centramos en el comportamiento que adoptamos en la esfera digital, en el caso concreto de la comunicación online, al estar permanentemente conectados con todo tipo de dispositivos a las aplicaciones de comunicación instantánea hace muy difícil distinguir entre el espacio-tiempo de la vida laboral y el del ocio; lo mismo ocurre con la separación entre el espacio público y el privado. Los espacios y sus tiempos confluyen. Por ejemplo, aún estando fuera del horario laboral, seguimos recibiendo las notificaciones de los correos electrónicos o los mensajes instantáneos de personas del entorno laboral. Asimismo, las redes sociales también suponen un ámbito en el que confluyen tanto contactos como información de distintos círculos sociales y laborales.

El espacio digital es una esfera nueva sin reglas preestablecidas, que promueve que la gente se encuentre desubicada y encontremos convergencias de espacios. La privacidad y la intimidad, naturales del ser humano, se trasladan a Internet con cambios significativos (Han, 2013). El espacio privado, por su propia definición, estaría situado exclusivamente en un lugar físico donde el control de la situación y el contenido es más fácil de asegurar. La *ilusión* de una esfera privada online podemos encontrarla de diversas formas, ya sea esa parte de las plataformas que facilitan la comunicación *exclusiva* entre dos personas (correo electrónico o mensajería *privada* entre usuarios de redes sociales), o foros con participación limitada, en la que los administradores controlan qué usuarios se pueden unir y a qué contenido pueden acceder o webs con contraseñas para áreas privadas, por ejemplo.

El espacio privado determina la zona restringida y controlada por una persona o entidad en la que tienen lugar acciones o conversaciones particulares que son sólo accesibles a las personas autorizadas por el propietario o responsable del ámbito delimitado. Es decir, el espacio privado es aquella área en la que la persona realiza aquellas acciones que no quiere hacer públicas, donde puede transcurrir la intimidad. Mientras que el espacio público es aquello visible y accesible a todos, el espacio privado se define por lo contrario. Cuando se entra en el espacio privado las personas se sienten más cómodas, menos vigiladas, tienen libertad para ser ellas mismas. Como dice Sibilia (2008,

p. 75), es donde se permite ser “patético a gusto, pues solamente entre esas acogedoras paredes era posible dejar fluir libremente los propios miedos, angustias y otros patetismos considerados estrictamente íntimos”.

Como hemos destacado líneas atrás, en la red, nos encontramos mayoritariamente con espacios que *aparentemente* son privados. En realidad, cualquiera de nuestras acciones en ella es rastreable y toda la información que se comparte en Internet, ya sea con una sola persona o con varias, queda recluida en una suerte de limbo informático del que no podemos asegurarnos un control. El espacio digital es una zona insegura por defecto, donde las medidas de privacidad sólo actúan cuando el usuario sabe activarlas.

Los *social media* y los motores de búsqueda personalizados erigen en la red un absoluto *espacio cercano*, en el que se está eliminando el *afuera*. Allí nos encontramos solamente a nosotros mismos y a nuestros semejantes. [...] Esta cercanía digital presenta al participante tan solo aquellas secciones del mundo que *le gustan*. Así desintegra la esfera pública, la conciencia pública, *crítica*, y privatiza el mundo. La red se transforma en una esfera íntima, o en una zona de bienestar (Han, 2013, pp. 68-69).

El filósofo coreano critica duramente la tendencia social actual de compartir en la red intimidades y experiencias personales, puesto que dicha actitud prefigura un gran riesgo para la privacidad, convirtiéndose en uno de los problemas principales de la actual sociedad red. En este sentido, la tecnología nos vuelve más vulnerables. Porque el control activo de la información y el uso responsable no evita, en muchas ocasiones, la explotación interesada de los metadatos por parte de las aplicaciones. Han (2014) asegura que con todo lo que se puede saber de las personas a partir de la red, no solo se las puede controlar físicamente, sino que incluso se las puede afectar desde un nivel psicológico prerreflexivo, trabajando con las emociones para influir en sus acciones.

4.3. *Tierra de nadie*

Con la progresiva digitalización de todas las tecnologías esenciales para el desarrollo de cualquier tipo de actividad en la sociedad red, un buen número de personas se encuentra en una situación de desigualdad para participar en ella. Según el informe realizado por el ONTSI (2015, p.11), “En el mundo existen 2.923 millones de usuarios de Internet. Esta cifra supone que 40,4 habitantes de cada 100 utiliza la Red.” ¿Qué sucede con los 59,6 restantes? Este problema de exclusión se conoce con el nombre de *brecha digital*. Este concepto ha recibido una actualización en los últimos años (Llorca-Abad, 2012), por lo que ahora se debería comprender en función de tres variables:

- *Disponibilidad de infraestructura*: las tecnologías avanzan y la calidad de los dispositivos y de la conexión a Internet mejora, pero no llega a todo el mundo por igual. Esta variable refleja justo esto, dependiendo de en qué país estés o del nivel económico de la región, podrás participar o no de un modo concreto en la sociedad red. Por ejemplo, en el caso de la velocidad de conexión, de la que dependerá también la velocidad del trabajo que se haga en línea y la digitalización de más o menos funcionalidades, España está situada en el puesto 35 (media de 27,6 Mbps), ocupando Singapur (103,95 Mbps) el primer puesto de este ranking y en último lugar países africanos que no superan el megabyte por segundo⁵. Dependiendo de la infraestructura de la que se disponga tendremos más o menos opciones de participación.

- *Accesibilidad a la tecnología*: esta variable es principalmente económica, ya que no solo depende de la riqueza del país en la que te encuentres, que pueda asumir una infraestructura de unas características u otras, depende del acceso personal a un dispositivo. ¿Cuánta gente hay en los llamados países desarrollados -con buena

infraestructura y acceso a la red- que como no puede permitirse la compra de un ordenador o un *smartphone* se quedan aislados de la red?

- *Alfabetización digital y en Internet*: el uso de la tecnología y la participación en la sociedad red también depende del conocimiento que se tenga de ella. Se trata no solo de tener ciertas habilidades digitales como el manejo de equipos y programas, sino también de comprender cómo funciona el sistema y cómo hacer un uso responsable y consciente. A diferencia de otros estudios, no consideramos que la variable de edad influya en esta característica *per se*. La diferenciación entre nativos y emigrantes digitales, entendida como que los primeros, por nacer en la época en la que nacen, tienen más habilidades y están mejor predisuestos al uso de las nuevas tecnologías que aquellos que han tenido que aprender a utilizarlas, no se ajusta a la realidad. La mayor justificación para esta afirmación podemos verla en el uso irresponsable de las TIC que realizan muchos adolescentes, o su falta de alfabetización digital. Por el contrario, muchos usuarios adultos, bien sea por motivos de trabajo o por puro interés, sí se han actualizado en el uso con las tecnologías de la comunicación.

Debido a la complejidad de la variable educacional, por la cantidad de información que es preciso asimilar para conseguir una plena alfabetización en esta materia, subdividimos esta variable en tres grandes áreas: (1) *Alfabetización digital*, entendida como las habilidades en el uso de dispositivos y tecnologías de la información y la comunicación, desde una perspectiva más tecnológica y funcional. (2) *Alfabetización informacional*, que comprende las competencias de comprensión y análisis de la información en distintos soportes. (3) *Alfabetización en Internet*⁶, que implica conocer los riesgos que hay en la red, desde la búsqueda de información en Internet a través de distintas vías, al control de la información en términos de privacidad y seguridad.

¿Cómo revertir esta situación? Empecemos por asumir que, por uno u otro motivo, somos una sociedad de excluidos. Un ejemplo muy sencillo que ilustra esta afirmación a la perfección es que la información pertinente y el conocimiento en las sociedades del siglo XXI se escribe y difunde, esencialmente, en inglés; por lo que de forma automática la inmensa mayoría de habitantes del planeta queda excluida de su acceso. La ciudadanía y los estados precisan de un nuevo tipo de competencias para poder acceder a la información y a las comunidades de conocimiento. Éstas son una precondition del desarrollo sostenible y la garantía para que la ciudadanía disfrute de los beneficios de la información. Es evidente que los esfuerzos por eliminar los problemas derivados de la brecha digital no han sido suficientes e incluso se han agudizado y complejizado (Llorca-Abad, 2012).

Ante esta situación, urge implementar medidas de alfabetización digital. La UNESCO ha propuesto el concepto MIL (*Media and Information Literacy*). ¿Qué significa el concepto *information literacy* (IL)? Se trata, sin duda, de un concepto complejo que evoluciona constantemente y cuya definición no suscita unanimidad (Horton, 2014, p. 15). La Alfabetización Mediática e Informacional englobaría, según la UNESCO⁷, el aprendizaje de los códigos y competencias necesarias para desarrollarse en la sociedad; quedando pues las alfabetizaciones comentadas anteriormente comprendidas dentro de este concepto. De lo que tampoco cabe duda es de la importancia y profundidad de las variables que lo integran, en cuanto al objetivo último de dotar a la ciudadanía de las herramientas necesarias para enfrentar la disolución de la realidad en una amalgama de imágenes inconexas y experiencia sin continuidad.

5. Conclusiones

La inmersión en el plano digital implica la reformulación de los conceptos de espacio y tiempo, la tiranía del presente no induce al surgimiento de pensamiento razonado; es decir, el conocer, narrar y recordar propios de los filósofos que mencionábamos al inicio de nuestro texto. En la sociedad actual, debido principalmente a la introducción de las nuevas tecnologías en la vida cotidiana, “el espacio y el tiempo devienen intensivos, quedando destruida la ancestral relación extensiva del hombre con dichas dimensiones” (Llorca-Abad, 2010 p. 248).

El espacio digital se ha convertido en nuestro punto de referencia, el lugar al que acudimos para conectarnos con el resto del mundo. Y esto comporta consecuencias, tanto sociales como cognitivas. Las experiencias virtuales exigen “la organicidad del cuerpo, la materialidad del espacio y la linealidad del tiempo” (Sibilia, 2006, p. 65). Internet representa una suspensión del espacio-tiempo materiales, ofrece una sensación de atemporalidad y ubicuidad en el que si no se cuentan con las competencias necesarias es fácil sucumbir a sus lógicas.

La velocidad se ha contagiado como una infección y las personas han asimilado un ritmo frenético que las sume en unas inercias destructivas, que torturan la mente y el cuerpo de forma silenciosa. Debido a las inercias por producir más y en menos tiempo, las personas enferman (Han, 2014), aparecen la depresión, la ansiedad y el estrés como males principales del sistema.

Por otra parte, a pesar de que cuando nos conectamos podemos pensar que el alcance de esa tecnología llega a todos los rincones del planeta, estamos equivocados. Estamos en una sociedad de excluidos. “Las dificultades para acceder a un ordenador, a una conexión de Internet o al conocimiento necesario para *manejarse* en los ámbitos digitales explican la separación entre colectivos, que se da en mayor o menor medida en el seno de todas las sociedades.” (Llorca-Abad, 2012, p.112)

La falta de alfabetización en esta materia puede ocasionar problemas al usuario de la comunicación, ya que no sólo será víctima de la alteración de su capacidad de percepción, sino que no será consciente de los riesgos de la red, así como de los aspectos negativos relacionados con la preservación de la privacidad digital y la protección de datos de índole personal. No debemos olvidar que sin educación no puede haber conciencia crítico-analítica y sin conciencia crítico-analítica no puede haber un "uso responsable". No podemos pretender mejorar el sistema sin entenderlo y ver más allá de lo práctico, del ahora, de su principal funcionalidad.

A pesar de todo lo desarrollado en el presente artículo, no nos consideramos apocalípticos. No creemos que la sociedad esté perdida o que haya caído en una espiral de no retorno. Para evaluar las consecuencias es necesario distanciarse del constante metadiscurso de los beneficios de la sociedad red.

6. Bibliografía

- Barcellona, P. (1999). *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*. Madrid: Trotta.
- Berger, J. (2002). *Modos de ver*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Carr, N. (2011). *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Madrid: Taurus.

- Català Domènech, J. M. (2012). Narración y cognición. *Anàlisi: Quaderns de Comunicació i Cultura*, núm. Monogràfic Audiovisual 2.0, 5-18.
- Graham, G. (2001). *Internet. Una indagación filosófica*. Madrid: Cátedra.
- Han, B. C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder
- Han, B. C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder
- Han, B. C. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder
- Horton Jr., F. W. (2014). *Overview of Information Literacy Resources Worldwide*. París: Unesco.
- Jameson, F. (1995). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.
- Kelly, S. E. (2012). *Examining the Role of Perceived Immediacy as a Mediator: Revisiting the Relationships among Immediate Behaviors, Liking, and Disclosure* (Tesis doctoral). University of Tennessee: Knoxville.
- Kooti, F., Aiello, L. M., Grbovic, M., Lerman, K., & Mantrach, A. (2015). Evolution of Conversations in the Age of Email Overload. En Proceedings of the 24th International Conference on World Wide Web (pp. 603-613). International World Wide Web Conferences Steering Committee. Recuperado de: <http://goo.gl/05xv2m>
- Llorca-Abad, G. (2010). *Dictaduras de velocidad*. Madrid: Biblioteca Nueva
- Llorca-Abad, G. (2012). Exclusión digital y límites de la comunicación mediada. *Trípodos*, (31), pp. 111-123.
- Meyrowitz, J. (1985). *No sense of place*. Nueva York: Oxford University Press.
- Mínguez, J. A. (1983). *Parménides – Heráclito. Fragmentos*. Barcelona: Orbis.
- Morones Ibarra, J. R. (2004). La evolución de los conceptos de espacio y tiempo. *Ingenierías*, 7(22), 55-63.
- ONTSI (2015). *La sociedad en red. Informe anual 2014*. Madrid: Ministerio de Industria, Energía y Turismo. Gobierno de España. Recuperado de: <http://goo.gl/ijKHgv>
- Ricoeur, P. [ed.] (1979). *Las culturas y el tiempo*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Sagan, C. (1984). *El cerebro de broca*. Barcelona: Grijalbo.
- Sibilia, P. (2006). *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sibilia, P. (2008). *La Intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Sklar, L. (1994). *Filosofía de la física*. Madrid: Alianza.
- Thom, R. (1990). *Esbozo de una semiofísica. Física aristotélica y teoría de las catástrofes*. Barcelona: Gedisa.
- Turkle, S. (2011). *Alone together: Why we expect more from technology and less from each other*. New York: Basic Books
- Virilio, P. (1995). *La vitesse de libération*. París: Galilée.
- Virilio, P. (1998). *Estética de la Desaparición*. Barcelona: Anagrama.
- Virilio, P. (2004). *Ville panique*. París: Galilée.

Perfil de los autores

Germán Llorca Abad

Germán Llorca Abad es licenciado en Comunicación Audiovisual en 1998 y Máster en Gestión de la Producción Audiovisual en 2000. En 2007 obtuvo el grado de Doctor en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Valencia. Es profesor de Comunicación en la Universidad de Valencia desde 2002. Reparte su experiencia laboral entre diversas empresas y medios de comunicación, entre ellos Canal 9 (Televisión Valenciana). Ha sido impulsor y coordinador del portal digital de noticias www.aramultimedia.com durante 5 años. Es autor de los libros de ensayo *Dictaduras de*

Velocidad y Lucidez: una Modernidad sin excesos, así como de diversos artículos publicados en revistas de comunicación nacionales e internacionales. Profesor invitado en la *Universität des Saarlandes* en Alemania, la Universidad Austral, la Universidad de la Frontera y Universidad de Playa Ancha en Chile y en la *Universidade Paulista, Universidade Estadual de Campinas y Pontifícia Universidade Católica* de São Paulo, Brasil; es miembro del Grupo de Investigación *Mediaflows* de la UVEG.

Lorena Cano Orón

Lorena Cano Orón es graduada en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Valencia en 2013, Máster en Investigación en Comunicación y Periodismo (Universidad Autónoma de Barcelona, 2014) y Máster en Interculturalidad, Comunicación y Estudios Europeos (Universidad de Valencia, 2015). Actualmente es doctoranda de la Universidad de Valencia, miembro del grupo de investigación *Mediaflows* (UVEG) y colaboradora del INCOM-UAB. Destaca su participación en congresos como especialista en privacidad y comunicación digital. Ha publicado diferentes trabajos sobre el tema.

Notas

¹ *Ecología* es el término-concepto utilizado por el pensador francés Paul Virilio (1995, 1998) para referirse a un tiempo y espacio planetarios con extensión y profundidad.

² *No sense of place* (Meyrowitz, 1985) anticipó de manera magistral algunos de los cambios problemáticos que iban a acarrear las TIC. El autor anticipó más de dos décadas el análisis sobre los impactos que en cuestiones como el conocimiento, el comportamiento, o la transformación de la esfera de lo público estaban teniendo las tecnologías de la comunicación.

³ La *dromosfera* es el término propuesto por Paul Virilio para describir el tiempo y el espacio que están contaminados de velocidad. Al estar sometidos al influjo de la velocidad, éstos pierden su extensión y profundidad, quedando reducidos a una virtualidad sin sustancia.

⁴ Kooti, Aiello, Grbovic, Lerman & Mantrach (2015) son miembros de *YahooLabs* y responsables de la elaboración de este estudio. En análisis fue llevado a cabo con una muestra de 16 millones de correos electrónicos enviados entre dos millones de personas.

⁵ Jesús Escudero y Sergio Ferrer, 04/02/2015: "Radiografía del Internet en España: la desconocida Adamo arrasa en velocidad" Disponible en: <http://goo.gl/Rve0aG> [Fecha de acceso: 18/09/2015].

⁶ Manual básico de Alfabetización en Internet realizado por el Consejo de Europa: <http://goo.gl/93wFST> [Fecha de acceso: 17/09/2015]

⁷ Documento de Alfabetización Mediática e Informativa, elaborado por la UNESCO para profesores, que expone las distintas alfabetizaciones de las que se compone: <http://goo.gl/hCVHXX> [Fecha de acceso: 16/09/2015]